

Carta al Lector Cristiano

Al lector Cristiano

"Así como no podemos dejar de lamentar con dolor de alma la multitud de errores, blasfemias y toda clase de profanidades que en esta última época, como un poderoso diluvio, han desbordado a esta nación, así también, entre otros varios pecados que han contribuido a abrir las compuertas de todas estas impiedades, no podemos dejar de considerar el desuso de la instrucción familiar como uno de los más grandes."

"Los dos grandes pilares sobre los que se erige el reino de Satanás, y por los que se sostiene, son la ignorancia y el error; el primer paso de nuestra emancipación de esta esclavitud espiritual consiste en que se nos abran los ojos y nos convirtamos de las tinieblas a la luz, *Hechos 26:18*."

"Es un espectáculo desagradable contemplar a los hombres como bebés en el conocimiento; y cuán inadecuados son para instruir a otros, que necesitan ellos mismos ser enseñados cuáles son los primeros principios de los oráculos de Dios, *Hebreos 5:12*..."

"El conocimiento es un logro tan deseable que los mismos demonios no conocieron un cebo más atractivo para tentar a nuestros primeros padres que el fruto del árbol del conocimiento: *Así seréis como dioses, conociendo el bien y el mal*."

"El entendimiento es la guía y el piloto de todo el hombre, esa facultad que se encuentra en la popa del alma: pero como el guía más experto puede equivocarse en la oscuridad, así puede hacerlo el entendimiento, cuando le falta la luz del conocimiento: Sin conocimiento la mente no puede ser buena, *Proverbios 19:2*; ni la vida buena, ni la condición eterna segura, *Efesios 4:18*. *Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento, Oseas 4:6*."

"Es común en la Escritura poner la profanidad y toda clase de errores en la cuenta de la ignorancia. Las enfermedades del cuerpo tienen muchas veces su origen en las destemplanzas de la cabeza, y los excesos en la práctica en los errores de juicio: y, en efecto, en todo pecado hay algo tanto de ignorancia como de error en el fondo: pues si los pecadores supieran realmente lo que hacen al pecar, podríamos decir de cada pecado lo que el Apóstol dice respecto al gran pecado: Si lo hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria; si supieran de verdad que todo pecado es provocar los celos del Señor, proclamar la guerra contra el cielo, crucificar de nuevo al Señor Jesús, atesorar la ira para sí mismos para el día de la ira; y que, si alguna vez son perdonados, no debe ser a un precio inferior al de su sangre; apenas sería posible

que el pecado, en lugar de seducir, asustara, y en lugar de tentar, espantase."

"Es una de las artimañas y métodos principales de Satanás el engañar a los hombres para que pequen: así prevaleció contra nuestros primeros padres, no como un león, sino como una serpiente, actuando su enemistad bajo una apariencia de amistad, y tentándolos al mal bajo una apariencia de bien; y así ha llevado a cabo todo el tiempo sus designios de oscuridad, transformándose en un ángel de luz, haciendo que los pobres hombres engañados se enamoren de sus miserias, y abracen su propia destrucción."

"Un antídoto excelente contra toda clase de errores, es estar fundado y asentado en la fe: las personas no fijadas en la verdadera religión, son muy receptivas a la falsa; y los que no tienen nada de conocimiento espiritual, se convierten fácilmente en cualquier cosa. Las nubes sin agua son empujadas de un lado a otro por cualquier viento, y los barcos sin lastre están expuestos a la violencia de cualquier tempestad."

"Pero, por desgracia, podemos decir de la religión de la mayoría de los hombres lo que el erudito Rivet dice sobre los errores de los padres: "No eran tanto sus propios errores, como los errores de los tiempos en que vivían". Así, la mayoría de los hombres adoptan su religión, no mejor que los turcos y los papistas adoptan la suya, porque es la religión de los tiempos y lugares en que viven; y lo que adoptan ligeramente, lo abandonan con la misma facilidad."

"La tierra no necesita otra partería para producir malas hierbas que el descuido de la mano del labrador para arrancarlas; el aire no necesita otra causa de oscuridad que la ausencia del sol; ni el agua de frialdad que su distancia del fuego; porque éstos son los productos genuinos de la naturaleza."

"Si el alma, como algunos filósofos han imaginado vanamente, viniera al mundo como una "tabula rasa", un mero papel en blanco, en el que no hay nada escrito, ni manchas, sería igualmente receptiva del bien y del mal, y no más reacia a uno que a otro; pero cuánto peor es su condición si la Escritura calla: la experiencia de todo hombre lo manifiesta evidentemente."

ESPECIALMENTE A LOS CABEZAS DE FAMILIA.

Así como no podemos dejar de lamentar con dolor de alma la multitud de errores, blasfemias y toda clase de profanidades que en esta última época, como un poderoso diluvio, han desbordado a esta nación, así también, entre otros varios pecados que han contribuido a abrir las compuertas de todas estas impiedades, no podemos dejar de considerar el desuso de la instrucción familiar como uno de los más grandes.

Los dos grandes pilares sobre los que se erige el reino de Satanás, y por los que se sostiene, son la ignorancia y el error; el primer paso de nuestra emancipación de esta esclavitud espiritual consiste en que se nos abran los ojos y nos convirtamos de las tinieblas a la luz, *Hechos 26:18*.

Cuánto podrían contribuir los serios esfuerzos de los padres y maestros piadosos a sazonar tempranamente los tiernos años de quienes están bajo su inspección, es abundantemente evidente, no sólo por su influencia especial sobre ellos, en lo que respecta a su autoridad sobre ellos, interés en ellos, presencia continua con ellos y oportunidades frecuentes de serles útiles; sino también por los tristes efectos que, por lamentable experiencia, encontramos como fruto de la omisión de este deber.

Sería fácil presentar ante vosotros una nube de testigos, cuya práctica ha sido no sólo un eminente elogio de este deber, sino también una seria exhortación al mismo.

Como Abel, aunque muerto, nos habla con su ejemplo para que imitemos su fe, *Hebreos 11:4*; así lo hacen los ejemplos de Abraham, de Josué, de los padres de Salomón, de la abuela y la madre de Timoteo, de la madre de Agustín, cuya preocupación era tanto cuidar las almas como los cuerpos de sus pequeños; y así como su esfuerzo fue grande, su éxito no fue en absoluto incontestable.

No deberíamos imaginar que sea mejor que una impertinencia, en este mediodía del evangelio, informar o persuadir en un deber tan expresamente ordenado, tan frecuentemente exhortado, tan altamente alentado y tan eminentemente reconocido por el Señor en todas las épocas con su bendición, si no fuera porque nuestra triste experiencia nos dice que este deber no es más necesario de lo que últimamente se descuida.

Para restablecer este deber a su debida observancia, permítannos sugerir este doble consejo.

El primer consejo se refiere a los cabezas de familia con respecto a ellos mismos; que como el Señor los ha colocado en un lugar superior al resto de su familia, se esfuercen con toda sabiduría y entendimiento espiritual por estar también por encima de ellos.

Es un espectáculo desagradable contemplar a los hombres como bebés en el conocimiento; y cuán inadecuados son para instruir a otros, que necesitan ellos mismos ser enseñados cuáles son los primeros principios de los oráculos de Dios, *Hebreos 5:12...*

El conocimiento es un logro tan deseable que los mismos demonios no conocieron un cebo más atractivo para tentar a nuestros primeros padres que el fruto del árbol del conocimiento: *Así seréis como dioses, conociendo el bien y el mal.*

Cuando a Salomón se le concedió el favor del Señor, no conoció mayor misericordia para pedir que la sabiduría, para que la mentira no se convirtiera en su propia mecha, *1 Reyes 3:5,9.*

El entendimiento es la guía y el piloto de todo el hombre, esa facultad que se encuentra en la popa del alma: pero como el guía más experto puede equivocarse en la oscuridad, así puede hacerlo el entendimiento, cuando le falta la luz del

conocimiento: Sin conocimiento la mente no puede ser buena, *Proverbios 19:2*; ni la vida buena, ni la condición eterna segura, *Efesios 4:18*. *Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento, Oseas 4:6*.

Es común en la Escritura poner la profanidad y toda clase de errores en la cuenta de la ignorancia. Las enfermedades del cuerpo tienen muchas veces su origen en las destemplanzas de la cabeza, y los excesos en la práctica en los errores de juicio: y, en efecto, en todo pecado hay algo tanto de ignorancia como de error en el fondo: pues si los pecadores supieran realmente lo que hacen al pecar, podríamos decir de cada pecado lo que el Apóstol dice respecto al gran pecado: Si lo hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria; si supieran de verdad que todo pecado es provocar los celos del Señor, proclamar la guerra contra el cielo, crucificar de nuevo al Señor Jesús, atesorar la ira para sí mismos para el día de la ira; y que, si alguna vez son perdonados, no debe ser a un precio inferior al de su sangre; apenas sería posible que el pecado, en lugar de seducir, asustara, y en lugar de tentar, espantase.

Es una de las artimañas y métodos principales de Satanás el engañar a los hombres para que pequen: así prevaleció contra nuestros primeros padres, no como un león, sino como una serpiente, actuando su enemistad bajo una apariencia de amistad, y tentándolos al mal bajo una apariencia de bien; y así ha llevado a cabo todo el tiempo sus designios de oscuridad, transformándose en un ángel de luz, haciendo que los pobres hombres engañados se enamoren de sus miserias, y abracen su propia destrucción.

Un antídoto excelente contra toda clase de errores, es estar fundado y asentado en la fe: las personas no fijadas en la verdadera religión, son muy receptivas a la falsa; y los que no tienen nada de conocimiento espiritual, se convierten fácilmente en cualquier cosa. Las nubes sin agua son empujadas de un lado a otro por cualquier viento, y los barcos sin lastre están expuestos a la violencia de cualquier tempestad.

Pero el conocimiento que recomendamos especialmente, no es un conocimiento cerebral, una mera especulación; esto puede estar en el peor de los hombres, más aún, en la peor de las criaturas, los mismos demonios, y eso en una eminencia tal, que el mejor de los santos no puede alcanzar en esta vida de imperfección; sino un conocimiento interior, sabroso, un conocimiento del corazón, tal como estaba en aquel mártir, que, aunque no podía disputar por Cristo, podía morir por él. Este es el sentido espiritual y el sentimiento de las verdades divinas del que habla el Apóstol, *Hebreos 5:11,14*, Tener los sentidos ejercitados.

Pero, por desgracia, podemos decir de la religión de la mayoría de los hombres lo que el erudito Rivet dice sobre los errores de los padres: "No eran tanto sus propios errores, como los errores de los tiempos en que vivían". Así, la mayoría de los hombres adoptan su religión, no mejor que los turcos y los papistas adoptan la suya, porque es la religión de los tiempos y lugares en que viven; y lo que adoptan ligeramente, lo abandonan con la misma facilidad.

Mientras que el gusto interior y el disfrute de las cosas de Dios es un excelente conservante para mantenernos firmes en los tiempos más inestables, los principios corruptos y desagradables tienen una gran ventaja sobre nosotros, por encima de los espirituales y sanos; los primeros son adecuados para la naturaleza corrupta, los segundos son contrarios; los primeros surgen por sí mismos, los segundos se producen no sin una dolorosa industria (como afirma Rivet. Crit. Sac. Rivet. Crit. Sac. 3).

La tierra no necesita otra partería para producir malas hierbas que el descuido de la mano del labrador para arrancarlas; el aire no necesita otra causa de oscuridad que la ausencia del sol; ni el agua de frialdad que su distancia del fuego; porque éstos son los productos genuinos de la naturaleza.

Si el alma, como algunos filósofos han imaginado vanamente, viniera al mundo como una "tabula rasa", un mero papel en blanco, en el que no hay nada escrito, ni manchas, sería igualmente receptiva del bien y del mal, y no más reacia a uno que a otro; pero cuánto peor es su condición si la Escritura calla: la experiencia de todo hombre lo manifiesta evidentemente.

Porque ¿quién hay que conozca algo de su propio corazón y no sepa que las ofuscaciones de Satanás tienen tan fácil y libre acceso? Mientras que las mociones del Espíritu de Dios son tan inaceptables para nosotros, que nuestra mayor diligencia es demasiado poca para abrir nuestros corazones para recibirlos.

Por lo tanto, la excelencia, la necesidad y la dificultad de la verdadera sabiduría deben suscitar en vosotros un esfuerzo proporcional a su realización; sobre todo, instruíos, *Proverbios 4:7*; y buscad la sabiduría como los tesoros escondidos, *Proverbios 2:4*. Esto os concierne mucho a vosotros mismos.

Nuestro segundo consejo se refiere a los cabezas de familia, respecto a sus familias.

Lo que ya se ha dicho, aunque concierne a todo cristiano particular que tiene un alma que cuidar; sin embargo, por partida doble, concierne a los padres y a los que tienen autoridad, ya que ellos mismos y otros tienen que cuidar: hay algunos que, por su ignorancia, no pueden; otros, por su pereza, no quieren cumplir con este deber. A los primeros les proponemos el método de Josué, que primero empezó por sí mismo y luego se ocupó de su familia. A los segundos sólo les insinuaremos qué terrible encuentro deben tener esos padres y responsables en ese gran día, con sus hijos y subordinados, cuando todos los que estaban bajo su inspección no sólo los acusen, sino que les imputen su eterno fracaso.

Nunca ninguna época de la Iglesia gozó de ayudas tan selectas como la nuestra. Cada época de inmersión evangélica ha tenido sus credos, confesiones, catecismos y brevarios y modelos de teología que han sido singularmente útiles. Tales formas de palabras sanas (aunque en estos días se las degrade) han estado en uso en la Iglesia desde que Dios mismo escribió el Decálogo, como un resumen de las cosas que se deben hacer; y Cristo nos enseñó esa oración suya, como un directorio de lo que se

debe pedir. Acerca de la utilidad de tales sistemas abreviados, ya se ha dicho tanto por un erudito divino de esta época, que es suficiente para satisfacer a todos los que no están empeñados en permanecer insatisfechos.

En cuanto a la excelencia particular de estos tratados que siguen, juzgamos innecesario mencionar los eminentes testimonios que les han dado personas de reconocida valía, en cuanto a su juicio, aprendizaje e integridad, tanto en el país como en el extranjero, porque ellos mismos hablaron tanto de su propia alabanza; el oro no necesita barniz, ni los diamantes pintura: permítannos sólo decirles que no podemos sino considerar una eminente misericordia disfrutar de ayudas como éstas (Dr. Tuckney en su Sermón sobre *2 Timoteo 1:13*).

Es común en estos días que los hombres hablen mal de cosas que no conocen; pero si alguno está poseído por pensamientos mezquinos de estos tratados, sólo le daremos el mismo consejo que Felipe le da a Natanael: *Ven y ve, Juan 1:46*. No es poca la ventaja que el lector tiene ahora, por la adición de las Escrituras en general, por lo que con poco esfuerzo puede sacar más provecho, porque con cada verdad se puede contemplar su fundamento en las Escrituras. Y, en efecto, considerando qué Babel de opiniones, qué extraña confusión de lenguas, hay hoy entre los que profesan hablar la lengua de Canaán, no hay persona inteligente que no concluya ese consejo del profeta especialmente adecuado para una época como ésta, *Isaías 8:20, A la ley y al testimonio; si no hablan según esta palabra, es porque no hay luz en ellos*. Si los reverendos y eruditos compositores de estos tratados siguientes estuvieran dispuestos a tomarse el trabajo de anexar pruebas de las Escrituras a cada verdad, es para que la fe de la gente no se construya sobre los dictados de los hombres, sino sobre la autoridad de Dios, por esto ahora se han tomado algunas medidas considerables para transcribir esas Escrituras; en parte para evitar ese gran inconveniente, (en el que todas las impresiones anteriores, excepto la latina, han abundado, para gran perplejidad y descorazonamiento del lector) y la cita errónea de las Escrituras, pudiendo el lector más insignificante, al tener las palabras completas, rectificar cualquier error que pueda haber en el impresor al citar el lugar particular; en parte, para evitar la molestia de acudir a cada prueba, que no puede ser sino muy grande; en parte, para ayudar a la memoria de aquellos que están dispuestos a tomarse la molestia de acudir a cada prueba, pero que son incapaces de retener lo que leen; y en parte, para que esto pueda servir como un lugar común de la Biblia, ya que los diversos pasajes de las Escrituras, que están dispersos de arriba a abajo en la Palabra, están en este libro reducidos a su propia cabeza, y por lo tanto dan luz a cada uno de ellos.

Las ventajas, como veis, de este proyecto, son muchas y grandes; el camino hacia el conocimiento espiritual se hace así más fácil, y la ignorancia de esta época más inexcusable. Por lo tanto, si hay en ti alguna chispa de amor a Dios, no te conformes con que alguno de los tuyos sea ignorante de aquel a quien tanto admiras, ni con que haya quien odie a aquel a quien tanto amas. Si hay alguna compasión por las almas de los que están bajo tu cuidado, si hay alguna consideración por tu fidelidad en el día de Cristo, si hay algún respeto por las generaciones futuras, esfuérzate por sembrar estas semillas de conocimiento, que pueden crecer en tiempos posteriores.

Que seáis fieles en esto, es la ferviente oración de,

Henry Wilkinson

John Fuller

Edward Perkins

Richard Kentish

James Nalton

Ralph Venning

Alexander Pringle

Roger Drake

Thomas Goodwin

Jeremiah Burwell

William Wickins

William Taylor

Matthew Pool

Joseph Church

Thomas Watson

Samuel Annesley

William Bates

Has. Bridges

John Jackson

Thomas Gouge

John Loder

Samuel Smith

John Seabrooke

Charles Offspring

Francis Raworth
Samuel Rowles
John Peachie
Arthur Jackson
William Cooper
John Glascock
James Jollife
John Cross
William Jenkin
Leo. Cooke
Obadiah Lee
Samuel Clerk
Thomas Manton
John Sheffield
Samuel Slater
Thomas Jacomb
Matthew Haviland
William Whitaker
George Griffiths
William Blackmore.